
Lic. María Fabiana Luna

Docente G°2 - Área Teoría de la Comunicación

FIC-UdelaR

El acto de narrar y su impacto en el espacio público.-

Una de las problemáticas más acuciantes señalada por Hannah Arendt en el análisis que realiza de la sociedad moderna se vincula a la pérdida de espacios y experiencias comunes que conforman lo que ella denomina un mundo común. Ello conlleva a un deterioro del espacio público, en la medida, que la palabra no cuenta como medio de coordinación de la acción humana y sólo se apuesta a un modelo de comunicación que se atiene a la racionalidad prevista en los marcos institucionales. De esta forma, su modelo trata de recuperar ese espacio a partir de una experiencia de carácter lingüístico, centrada en el acto de narrar, donde los diferentes relatos acerca de los acontecimientos humanos abren un espacio para la opinión que habilita una instancia crítica como consecuencia de las distintas perspectivas que concurren al tratamiento de un asunto.

Arendt, parte de la premisa de que todo acto individual se torna inteligible cuando forma parte de una narrativa, es la trama la que permite capturar las intenciones del agente ubicándolas en un orden causal y temporal en referencia al papel que juegan en su biografía y en la historia a la que pertenece. Por eso el relato, opera de forma retrospectiva y perceptiva, lleva a lenguaje, por segunda vez, la experiencia vivida y de esta manera recupera en la memoria lo que ya fue, en forma de lamento.

“El héroe trágico, al volver a vivir lo que se ha cometido en forma de sufrimiento, llega a conocerlo, y en este pathos, sufriendo nuevamente el pasado, la red de los actos individuales se transforma en acontecimiento, en un todo significativo” (Arendt, H., 2001, p.31)

El papel de la narración en el ámbito de los asuntos humanos, A. la rastrea en el lugar y el significado que tenían para la cultura griega, tanto el poeta como el historiador y cuya tarea se dirigía hacia aquello que aparecía pero que con el paso del tiempo desaparecía de la visibilidad del mundo. Su labor consistía en inmortalizar, en la palabra, el aspecto contingente y fugaz de los hombres. En tanto *espectadores* de algo que ya sucedió, tanto el poeta como el historiador, son los encargados de desvelar a través del lenguaje, el significado

del acontecimiento particular cuando éste ya ha perdido su visibilidad para el mundo de los sentidos. Y dado que el actor no puede comprender el sentido de su acción, por estar sujeto a los apremios y exigencias de los asuntos humanos, es que el poeta como visionario puede capturar en el lenguaje el sentido de una acción.

“...Ulises llega a la corte de los feacios y, por orden del rey, es entretenido por el aedo, quien canta una historia de la propia vida de Ulises, aquella de su riña con Aquiles; Ulises al oírla, se cubre el rostro y se pone a llorar, aunque nunca había llorado antes, ni cuando sucedió lo que ahora está oyendo. Sólo al escuchar la historia llega a ser plenamente consciente de su significado” (Arendt, H., 2002, p.154)

El pensamiento al narrar la acción humana, recorre una vez más a través del lenguaje el cúmulo de eventos pasados dirigidos a develar el significado de lo que aparece en el momento en que ha desaparecido, es el *recuerdo* el que recorre con palabras la línea de tiempo y muestra el evento de una forma distinta a como se presentaba a los sentidos. Aquí, la actividad del pensamiento junto a la facultad de la imaginación, encargada de mostrar en imágenes el objeto sensorial, encuentra en el *lenguaje poético*, en particular, en el uso de la metáfora, la forma de expresar el entramado conceptual de una experiencia invisible a los sentidos. El lenguaje, oficia como un intermediario que lleva a discurso lo que produce el pensamiento, en este sentido, la *metáfora* le otorga al pensamiento abstracto, la intuición sensible proveniente del mundo de las apariencias y cuya función es exponer la “realidad de nuestros conceptos”. Dicha tarea, supone un tipo de “traslación” que el pensamiento metafórico realiza a través del uso de la analogía que le permite establecer relaciones entre objetos que son disímiles entre sí. De esta forma, el pensamiento, logra capturar en el discurso, aquel tipo de experiencia incalificada por los sentidos, y, ello es posible, porque el pensamiento busca comprender lo que sucede en el mundo de las apariencias, es decir, porque se sujeta al razonamiento existente en nuestro *sentido común*, el cual requiere de *ejemplos* que permitan ilustrar dichos conceptos.

La visión externalista del significado con la que se compromete A., hace del espacio público una pieza central en la conformación del mismo. El entramado conceptual que expresa la narración no sólo muestra la acción como parte interdependiente de un todo que le da un sentido, sino que tiene un efecto directo en la conformación de la esfera pública, en la medida, que supone un ejercicio de nuestra *capacidad de juzgar* que encuentra en el acontecimiento particular, la posibilidad de reflexionar, en torno a un ejemplo, con lo cual se da inicio a un proceso de comprensión que no se atiene ni se clausura por lo que un concepto pueda determinar.

Para A. el acto de narrar, significa pensar y examinar lo que hacemos, por este motivo, todo relato tiene como centro la acción, y dado que pensar supone un proceso de comprensión, es que el mismo se vincula a

nuestra capacidad de juzgar; el juicio expresa y nombra el conjunto de experiencias comprometidas en una acción en la búsqueda para otorgarle un sentido. El *logos*, es el criterio que el espacio público adopta para la producción de sentido, para el cual un discurso coherente no depende de la verdad o falsedad de sus palabras, sino del tipo de justificación que sostiene la contienda del significado. Por tal motivo, A. señala al habla como aquella instancia que lleva implícita la búsqueda del significado. De ahí, que lo público se conciba como un espacio dialógico, donde los diferentes relatos que concurren al tratamiento de lo sucedido, nos muestran un espacio discursivo en tensión donde el carácter responsivo del mismo se vincula a la vitalidad del discurso que no se determina por la validez de la representación del objeto en cuestión, sino por las diferentes perspectivas que orientan la palabra hacia ese objeto. Esta es la razón por la cual, la *dimensión retórica* de lo público juega un papel importante en su modelo, no sólo porque ésta se constituye en una reflexión acerca de la praxis humana, sino porque es la condición de todo preentendimiento, que para A. se encuentra ya prefigurado en nuestro "sentido común". Un relato no explica de forma concluyente lo sucedido, sino que está sujeto a las diferentes interpretaciones que se puedan realizar del asunto en cuestión, ello hace que se mantenga vivo el significado de la acción. En este sentido, el poeta o el historiador contribuyen a generar un sentido de pertenencia inscripto en una comunidad lingüística que tiene la tarea de poner en movimiento la narración y de involucrar al público en el proceso de comprensión, donde la retórica asume el carácter de una conversación que contribuye a que los sujetos puedan comunicarse y comprenderse entre sí.

Bibliografía:

Arendt, Hannah (2002) La vida del espíritu. Bs.As. : Paidós.

_____ (2001) Hombres en tiempo de oscuridad. Barcelona : Gedisa

Birulés, Fina (2000) Hannah Arendt: el orgullo de pensar. Barcelona : Gedisa.